

lumna, profundos barrancos, pendientes abruptas, desfiladeros casi impracticables. Con frecuencia la ruta no era más que un estrecho sendero, y aun éste desaparecía con frecuencia, y había que abrirse camino, azada en mano. Agiles, valientes, bien provistos de armas, creyendo en la inviolabilidad de sus montañas, los kabilas no siempre esperaban el ataque de nuestras tropas, sino que, saliendo de sus poblados, tomaban la ofensiva. Esto les era fácil, pues nuestros convoyes, en algunos desfiladeros, tenían que prolongarse en una línea de un par de leguas. Desde Milha hasta Djijelli, el cuerpo expedicionario empleó cinco días. Fueron cinco días de luchas continuas, en los cuales casi siempre pelearon con suerte nuestros soldados: sin embargo, el 13 de mayo, dos compañías del 10.º de línea apostadas en una posición cubierta de bosques, fueron sorprendidas por los kabilas y dispersadas en desorden. El 15 de mayo, la columna bajó al llano. Después de haber salido de aquellos ásperos collados, al ver la línea azul del mar, se ensancharon los pechos. La tropa atacó, sin encontrar gran resistencia, los pueblos de las riberas del Ved-el-kebir. Llegaron luego a Djijelli. Desgraciadamente las pérdidas eran numerosas, 90 muertos y 312 heridos (1): entre los muertos había varios oficiales de porvenir que el ejército lloró, y entre ellos un jefe de batallón del 20.º de línea, el comandante Valicón. Rehechas las tropas después de un descanso bien merecido, Saint-Arnaud trató de envolver a las tribus y despejar el cerco de Djijelli. Dirigióse desde luego hacia el Sur, y después de dos acciones brillantes recibió la sumisión de los Beni-Ahmed, de los Beni-Khetab y de una parte de otras cuatro tribus. En Tibairen, el general Bosquet, con dos batallones, separóse de su jefe y fué a reforzar al general Camou, a quien costaba trabajo contener a la Kabilia Mayor, agitada por un pretendido jerife llamado Bu-Baghla. A pesar de esta disminución de efectivo, Saint-Arnaud continuó sus operaciones. Volviendo atrás, se dirigió hacia el Oeste contra los Beni-Fughal y los Beni-Urzeddin, que se sometieron, y esta sumisión acarrió la de las tribus más débiles.

Sometidos el Oeste y el Sur de Djijelli, Saint-Arnaud entró en este pueblo para municionarse. Luego, fiel al plan de campaña, volvió a ponerse en marcha el 18 de junio y se dirigió hacia el Este. Libróse todavía varios combates: uno de ellos nos costó, en 26 de junio, treinta muertos y ciento cinco heridos; afortunadamente, esta sangrienta acción no dejó de tener resultados ventajosos para nosotros, pues varios poblados capitularon. Continuando su ruta hacia el Este, Saint-Arnaud pasó el Vet-el-Kebir; después de una nueva serie de encuentros, llegó a Collo y de allí a Philippeville. Antes de que terminara julio, se hallaba de regreso en Constantina con su columna mermada de un millar de hombres, pero victoriosa.

La campaña había terminado. En París, la prensa oficiosa se apresuró a celebrar aquella operación, brillante sin duda, pero demasiado rápida para surtir efectos duraderos. Cuidóse tanto de poner de relieve a Saint-Arnaud, que casi se olvidaron del general Camou, que

(1) Informe del ministro de la Guerra.—Saint-Arnaud (*Correspondance*, tomo II, pág. 327) habla de doscientos setenta heridos y noventa muertos. Hemos preferido adoptar la versión oficial.

por aquel entonces triunfaba de Bu-Baghla y despejaba el cerco de Bujía. El afortunado vencedor fué ascendido a general de división: el príncipe estaba tan impaciente por darle el ascenso que, antes de que terminaran las operaciones, le escribió de su puño y letra anunciándole su nombramiento (2). Por una singular coincidencia, el general recibió casi por el mismo correo una carta del duque de Aumale, quien, siempre atento a las cosas de África, se apresuraba a felicitar a su antiguo teniente (3).

Habíase obtenido el resultado deseado: Saint-Arnaud era ya conocido, y, con un poco de buena voluntad, podía ser comparado con los *veteranos de África*. Llamado a París para encargarse del mando de una división, embarcóse el día 8 de agosto para Francia, y, después de una corta licencia, se instaló en la Escuela Militar. El general Randón conservaba aún la cartera de la Guerra, pero se sabía que era poco favorable, si no a Luis Napoleón, por lo menos al golpe de Estado: por lo tanto, su sucesor estaba ya dispuesto.

Se tenía a mano un ministro de la Guerra. Además se habían provisto de un comandante para el ejército de París. En 16 de julio, el general Magnán había sido llamado a desempeñar este cargo. Magnán no era un desconocido para el príncipe, quien, en 1840, cuando la escaramuza de Boloña, había tratado de atraerlo a su causa y de corromper su fidelidad (4). Era un militar enérgico, implacable contra el desorden, que había desempeñado mandos considerables en Lyon y Estrasburgo, pero desgraciadamente menesteroso y dispuesto, por tanto, a venderse. No se vendió, sin embargo, sino tomando sus precauciones, como más adelante se verá. Para el importante cargo que se le acaba de confiar, se había indicado desde luego al general Castellane, y los periódicos hasta habían anunciado su nombramiento. Pero el general Castellane, el general Baraguey d'Hilliers y otros no querían comprometerse en ninguna aventura. Daban a entender que no serían adversarios de un nuevo régimen, pero, fuese por escrúpulo ó fuese por timidez, querían reservar su concurso hasta que estuviese asegurado el éxito.

Entre Saint-Arnaud, ya designado para el ministerio de la guerra, y Magnán, instalado en el Estado mayor de las Tullerías, el comandante Fleury, de regreso de la Kabilia y ascendido por entonces a teniente coronel, se insinuaba entre los oficiales, animando a los indecisos y despertando ambiciones. El coronel Fleury, el coronel Vaudrey y algunos otros formaban en torno del príncipe una especie de Estado mayor íntimo, mucho más poderoso que el ministro mismo. Ellos eran los primeros en tener, casi siempre, noticia de los nombramientos, que comunicaban a los interesados, lo cual daba una alta idea de su valimiento y hacía remontar hasta el presidente los testimonios de gratitud. «Yo era un director del personal *ad latus*, pudo escribir más tarde el coronel Fleury (5).» El general Randón, ob-

(2) *Correspondance du maréchal de Saint-Arnaud*, tomo II, página 347.

(3) *Correspondance*, tomo II, pág. 350.

(4) Proceso de Boloña. Tribunal de los pares, audiencia del 30 de septiembre. Declaración del general Magnán (*Gazette des Tribunaux*, 1.º de octubre de 1840).

(5) *Souvenirs du général Fleury*, tomo I, pág. 144.

servador exactísimo de la jerarquía, no dejaba de sentir algún despecho por aquella falta de disciplina (1). Con hábiles combinaciones, los jefes más brillantes de la *nueva África* habían sido llamados a París. En esta capital estaban Canrobert, el héroe de Zaatcha; Marulaz, ascendido a general después de la expedición de Kabilia donde había mandado el 20.º regimiento de línea; Allonville, brillante oficial de caballería; Espinasse, otro de los combatientes de la Kabilia Pequeña y recién nombrado coronel del 42.º de línea. Todos estos valientes oficiales estaban sorprendidos de verse reunidos en tan gran número en la capital (2). Veíanse con frecuencia, como era natural, y no se cansaban de recordar sus correrías y combates de África. Durante la conversación, llegaba algún amigo del príncipe, que les hablaba de las conspiraciones de la Asamblea y les excitaba sobre todo contra la demagogia, eterna enemiga del soldado. El presidente procedía a un estudio más atento que nunca de las cosas militares. Las revistas eran más frecuentes, los favores más abundantes; los oficiales eran convidados por turno a comer en el Elíseo (3). El otoño, estación ordinaria de los cambios de tropas, iba a ofrecer una ocasión natural para acabar de componer la guarnición de París y adaptarla a los designios que se meditaban. Tal era el vigilante trabajo con el cual se aseguraba el concurso del ejército.

III

Fuera del elemento militar, era necesario, como ya hemos dicho, que el príncipe encontrase, en el orden civil, algunos hombres dispuestos a seguirle hasta el fin de sus intentos.

En esto, los apuros eran grandes. Los amigos del destierro eran poco numerosos, tan humildes de situación como de fortuna, ajenos a la administración pública, ignorantes en política. Luis Napoleón encontraba en su familia más obstáculos que apoyo. Sus primos, en la Asamblea, votaban con la Montaña; su tío, el rey Jerónimo, era viejo, poco conocedor de las cosas de la época presente. En tal penuria, el presidente no tenía más alternativa que servirse de hombres sin consistencia ó entregarse a los jefes parlamentarios que le satirizaban al servirse. No es aventurado afirmar que semejante aislamiento, entristeciendo su alma más reflexiva que activa, contribuyó a impulsarlo fuera de las vías legales. Entre los raros fieles del primer momento se hallaban Mocard, secretario particular del Elíseo, Persigny, que compensaba sus rarezas con su abnegación, y otros muy desconocidos todavía.

Luis Napoleón buscó a la vez en la administración de provincias y en la sociedad de París dos ó tres hombres ávidos de hacer fortuna y dispuestos a arriesgarlo todo con tal de que esa fortuna fuese grande y rápida. La administración le dió al Sr. de Maupás: los salones parisenses le proporcionaron sobre todo al señor de Morny.

(1) Randón, *Mémoires*, tomo I, págs. 42-44.

(2) «Ayer pasé el día en Vincennes en casa del coronel Repon con Canrobert, d'Allonville, Marulaz... Todo Orleansville estaba allí.» (*Carta de Saint-Arnaud*, 11 de septiembre de 1851. *Correspondance*, tomo II, pág. 360.)

(3) Randón, *Mémoires*, tomo I, págs. 38 y 39.

Maupás era subprefecto en Beaune cuando estalló la revolución de Febrero: en enero de 1849 había sido llamado a la subprefectura de Boloña, y pocos meses después a la prefectura del Allier. Una vez prefecto, se había aplicado a conquistar menos las simpatías de los ministros que el favor de Luis Napoleón. Aparte de sus informes a su jefe jerárquico, se había acostumbrado a enviar directamente al Elíseo las noticias que recogía; y estos despachos, rarísimos al principio, fueron más tarde muy frecuentes. No podía hacer nada que fuese más grato al príncipe: a éste le gustaba sobre todo tener su policía particular, obrar aparte de sus ministros y á veces contra ellos. Aquella correspondencia confidencial tenía principalmente por objeto los movimientos de la opinión, la actividad de la propaganda demagógica, la impotencia de la Asamblea para tranquilizar a la gente de orden. Encantado de tanta oportunidad, el presidente se prometió abrir camino a aquel agente espavilado que tan bien adivinaba sus deseos. En 7 de marzo de 1851, le escribió él mismo para anunciarle su traslado a la prefectura de Tolosa. En esta importante capital, sintiéndose sostenido por tan alta protección, Maupás no vaciló en manifestar más claramente sus ideas. Multiplicó sus informes: llevó hasta la exageración su ardor contra los demócratas; con motivo de mandamientos de arresto que había solicitado de la autoridad judicial y que le fueron negados, surgió un grave conflicto entre los magistrados del Tribunal de apelación y él (4). El ministro del Interior, León Faucher, aprobó desde luego a su subordinado, pero después, mejor informado, lo desaprobó. Y no solamente lo desaprobó, sino que empezó a preocuparse de las osadías de aquel joven funcionario y le reprochó, con su aspereza habitual, el que no se penetrase de las necesidades constitucionales. Luis Napoleón se apresuró a consolar a su agente. «Siento, le escribió el 19 de julio, que os reconvengan cuando no merecéis más que elogios.» Y haciendo alusión a León Faucher, que era amante del jefe del Estado, pero más amante todavía de la legalidad, añadió: «Hay que perdonar los defectos de las mejores inteligencias (5).» No tardó en dar a comprender a Maupás que contaba con él y que pronto lo elevaría a más importante cargo. A fines de agosto de 1851, el prefecto del Alto Garona llamó a la vez la atención del ministro y del príncipe. El ministro intentaba destituirlo, por creerlo favorable a un golpe de Estado; y el príncipe, precisamente por este motivo, esperaba la ocasión de atraerle a su lado.

El Sr. de Morny, el otro futuro colaborador del presidente, no había pasado, como Maupás, por las pruebas de las funciones públicas. Era esencialmente parisense por sus hábitos y costumbres. Pasaba por ser hermano uterino de Luis Napoleón, y lejos de ocultar aquel nacimiento irregular, se vanagloriaba algo de él. Su vida, mezcla de disipaciones elegantes y de trabajos intermitentes, se había diseminado en mil objetos diversos. Morny había servido en África, no sin distinguirse, siendo ayudante del general Trezel; su bizarro comportamiento le valió una condecoración. Abandonó luego el ejército para dedicarse a la industria, y después a las

(4) M. Odilon Barrot, *Mémoires*, tomo IV, pág. 169.

(5) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 184.

especulaciones bursátiles. La política le atrajo, y en 1842, á la edad de treinta años, fué elegido diputado.

En las postrimerías del régimen de Julio, Morny era uno de esos hombres desconocidos del público, pero que frecuentan mucho la sociedad y prosperan por medio de sus relaciones y de su habilidad tanto como otros por medio de su trabajo y de sus servicios. El rasgo dominante de su modo de ser consistía en una aptitud notable para tratar superficialmente de todo sin profundizar nada. Encontrábase en él una mezcla singular de actividad y pereza, de curiosidad de espíritu y de indolencia, de disipación y de cálculo. Era amigo de las artes sin ser artista; literato sin ser escritor; demasiado poco orador para las discusiones parlamentarias, y bastante disertar, sin embargo, para brillar en los pasillos ó en los salones; demasiado enemigo del trabajo seguido para debatir en el fondo los negocios ó la política, pero adivinando muchas veces unos y otra con una viva y natural intuición. Hombre aficionado á los placeres, conservaba siempre su sangre fría, y su razón no abandonaba nunca las riendas, ni siquiera cuando las dejaba flotar. Conservador con un tinte progresista, tenía hábiles veleidades de independencia y dejaba dudar de su concurso lo suficiente para que no lo desdenasen. En vísperas de la revolución de Febrero, dió al gabinete prudentes avisos. Para ilustrar al poder, recurrió á las conferencias particulares y sirvióse de los periódicos; en la discusión del mensaje, subió á la tribuna, contra su costumbre. En ella desplegó una sencillez un poco estudiada, como si para disimular su inexperiencia oratoria hubiese querido copiar el abandono familiar de las Cámaras inglesas. No era en esto solo que imitaba á Inglaterra. Copiaba de nuestros vecinos su cultura algo fría, su cortesanía hecha más bien de amor propio que de cordialidad, su afición á los caballos y á las carreras, afición entonces nueva en Francia, su solicitud por los intereses positivos, su facilidad para asociar todos los refinamientos de la vida mundana con todas las preocupaciones de la vida de los negocios. Inauguraba un tipo nuevo de gran señor, tan asiduo en la Bolsa ó en las juntas de accionistas como en los gabinetes de las damas. No pudiendo ser noble del todo por su cuna, se había hecho *gentleman*, y aquella hábil imitación, tan común después, tenía entonces un aire de exotismo extraño que llamaba la atención, si no creaba simpatías.

La revolución de 1848 desconcertó mucho á Morny. Era éste el hombre menos á propósito para prosperar en medio de una democracia republicana. Fluctuó algún tiempo indeciso, inclinándose hacia la monarquía, y hasta pensando, según se dijo, en la candidatura de Enrique V para el trono (1). Conocía poco á Luis Napoleón. Elegido éste para la presidencia de la República, Morny trató de sacar partido del lazo estrecho, aunque misterioso, que le unía al príncipe. Ambos personajes comprendieron que necesitaban uno del otro, y la comunidad de intereses les unió.

Morny era para el presidente, sobre todo en tal escasez de hombres, un auxiliar precioso. Conocía el país;

(1) «El Sr. de Morny ha venido á ver á Clément; le ha dicho que no veía más que un medio de salvación para Francia: poner á Enrique V en el trono. Quiere ir á Frohsdorf á escondidas de los suyos.» (*Journal de la princesse Mélanie*, agosto de 1848, *Mémoires du prince de Metternich*, tomo VIII, pág. 31.)

tenía audacia, resolución, esa especie de altiva impasibilidad que da la costumbre de las especulaciones arriesgadas, muchas relaciones en todos los partidos, pocos escrúpulos, pero generosidad natural: adivinábase que no retrocedería ante ninguna necesidad para conseguir el éxito; pero como no era vengativo ni cruel, tenía por seguro que procuraría después suavizar la victoria y atraer á los adversarios. Si el príncipe tenía interés en obtener el concurso de Morny, éste comprendía la utilidad de unirse al príncipe. La República repugnaba á sus instintos. Por otra parte, no tenía la elocuencia, ni la aplicación al trabajo, ni la alta autoridad de la buena conducta, condiciones de elevación en los gobiernos verdaderamente libres. Necesitaba, para desenvolverse, un estado de cosas en que las grandes dotes que él no poseía vinieran á ser inútiles y en que las capacidades de segundo orden ocupasen toda la escena, un gobierno absoluto temperado por caprichos liberales, una sociedad culta, elegante, con una miasma de corrupción. Morny presintió que el Imperio realizaría todo esto, y de antemano se entregó á aquel régimen que parecía amoldarse perfectamente á su persona.

Un prefecto notable por su audacia y su firmeza; un hombre de mundo de espíritu desembarazado y resuelto, pero poco versado hasta entonces en la alta política, y unos cuantos compañeros de juventud, eran pocos elementos para fundar un nuevo régimen; pero bastaban para refrendar los primeros decretos, para tranquilizar á las conciencias militares, para endosar las primeras responsabilidades, tan pesadas siempre. En caso de desgracia, los vencidos no serían más que rebeldes, y entonces poco importaba su número. En caso de éxito, esperábase que aquel pequeño núcleo de leales se convertiría en un ejército.

IV

Una vez elegidos los auxiliares, era esencial prevenir las resistencias de la burguesía explotando en ella el miedo al socialismo.

En este terreno la tarea era fácil. Las asambleas de departamento se habían reunido para sus sesiones del mes de agosto. De ochenta y cinco diputaciones provinciales, ochenta habían formulado un voto en favor de la revisión constitucional poco antes desechada por el Parlamento. La significación de este voto no era dudosa: permitía calcular hasta qué punto la crisis anunciada para 1852 agitaba los espíritus. Una preocupación dominaba: la de concentrar la autoridad, fortalecerla en previsión de los peligros próximos y conferirle atribuciones excepcionales: de ahí las peticiones de la mayor parte de las diputaciones provinciales que, desde el año anterior, venían solicitando la formación de brigadas de guardabosques, la creación de otras brigadas de gendarmería y el nombramiento directo de los alcaldes por el poder. ¿Quién iba á ser elegido presidente de la República? Algunos hombres políticos habían pronunciado el nombre del príncipe de Joinville, y en Claremont esta combinación no era aprobada ni desmentida. Otros pensaban en Thiers ó en el general Changarnier. Los republicanos se proponían votar á Carnot, ó quizá algún candidato todavía más radical. Ninguna de estas candidaturas inspiraba confianza. La del príncipe

de Joinville, la más seria de todas, no resistía un examen profundo. El príncipe de Joinville había de tener en contra á los legitimistas, á los fusionistas, á los bonapartistas y á los republicanos. ¿Qué le quedaría, pues? No se escatimaban las burlas á aquel Borbón de dos aspectos, primer magistrado en una república y príncipe de sangre real en una monarquía. Muchos consideraban que, para el prestigio de la casa de Orleans, sería más de temer un éxito que un fracaso. No encontrando candidato mejor, la opinión pública volvía á Luis Napoleón, á quien atribuía no sólo el bien que había hecho, sino el realizado por la representación nacional: se irritaba á la idea de no poderlo reelegir, encariñándose tanto más con este recurso, cuanto que se lo negaba la ley. En su mal humor daba la culpa de todas las dificultades á la Constitución, que había sido imprevisora, y á la Asamblea, que había desechado la revisión.

Los periódicos oficiosos del Eliseo no desperdiciaban ocasión de mantener aquel estado de ánimos. Hablaban con frecuencia de la próxima crisis de 1852; mostraban lo caduco de los partidos monárquicos; se burlaban de la fusión; zaherían al parlamentarismo; y, después de haber sentado la impotencia de todas las demás soluciones, añadían, ora con una franqueza brutal, ora con una especie de misticismo, que podría surgir un salvador para la sociedad amenazada. El Sr. Romieu, que el año anterior había escrito la *Era de los Césares*, acababa de publicar el *Espectro rojo*. Los peligros eran harto reales para conmovir á la sociedad, y el pesimismo los abultaba al extremo de aloclarla.

Los Montañeses se convertían á su modo en auxiliares de Luis Napoleón. No fué este el primer servicio ni el último que le prestaron, como luego se verá. Al final de la legislatura, los representantes de la extrema izquierda habían publicado un manifiesto en que se revelaban sus detestables esperanzas, nuevo motivo de temor para los espíritus ya alarmados. Existía en París un comité revolucionario de resistencia, comité de cuyos boletines se apoderaba la policía con mucho aparato. Por aquel entonces se desarrollaban en Lyon, ante la jurisdicción militar, los debates de un complot al cual se dió el nombre de *Complot del Sudeste*. Por las declaraciones de este proceso se supo que, desde 1850, quince departamentos de la cuenca del Ródano estaban afiliados á una organización revolucionaria secreta; que se habían celebrado conciliábulos de demagogos y de representantes montañeses en Valence y en Macón; que se habían dado consignas y que la interceptación de correspondencias comprometedoras y la prisión de los principales agitadores habían evitado una explosión quizá inminente. Estos detalles, reproducidos por la *Gazette des Tribunaux* (1) y copiados de ella por la prensa toda, proporcionaban á los propagadores de alarmas un argumento más. Si tal era ya la audacia de los demagogos, ¿qué no sucedería en 1852? Por esto la gente de orden estaba cada vez más animada á conservar á toda costa el poder existente.

En esto estallaron disturbios bastante serios en el distrito de Largentière y especialmente en Laurac. Los gendarmes intervinieron, varios de ellos fueron ataca-

dos, y se necesitaron importantes refuerzos para restablecer el orden. Los verdaderos culpables no eran los habitantes del país, sino una pequeña partida de demagogos ambulantes que explotaban todo el Mediodía, yendo de un punto á otro para fomentar la sedición. Los periódicos oficiosos, lejos de disimular aquel pequeño motín, le dieron publicidad, y el departamento del Ardeche fué declarado en estado de sitio.

V

Aquellas ruidosas manifestaciones de los demagogos, aquellas revelaciones de los debates judiciales, aquellas insurrecciones aisladas, todo aquello favorecía en grande los designios de Luis Napoleón.

A principios de septiembre, las coyunturas parecieron tan favorables que se pensó un instante en precipitar la solución.

Era la estación del año en que la política permanece inactiva, en que la capital se despuebla, en que los laboriosos descansan de sus trabajos y los mundanos de sus placeres. La comisión permanente celebraba sus sesiones ordinarias: éstas eran tranquilas, sin incidentes, ya porque hubiesen disminuido los recelos, ya porque la frecuencia de los gritos de alarma hubiese embotado la inquietud. Habíase abierto una *Exposición universal* en Londres, y esta importante solemnidad industrial atraía á muchos franceses allende el estrecho. El ministro del Interior, León Faucher, había ido á Inglaterra y le habían hablado del golpe de Estado; pero procuró tranquilizar á todo el mundo. ¿No respondía él de la legalidad y del orden? ¿Y podía dudar nadie de su palabra? Había visitado la Exposición con la curiosidad inteligente de un turista atento y de un economista ilustrado. Vuelto á Francia, aplicó su actividad á fines muy diversos, pero no á la política; pensaba organizar misiones científicas en Oriente, imprimir más vivo impulso á las obras públicas en los departamentos, estimular con recompensas las obras más morales del arte dramático (2). Los demás ministros disfrutaban también de sus vacaciones. Fould, Magne y Crouseilles veraneaban. En las regiones oficiales reinaba la calma. ¿Podía elegirse, para un golpe de mano, un momento más favorable que aquel en que nadie lo esperaba?

Otra consideración impresionaba vivamente al príncipe. En aquel entonces, Luis Napoleón vivía retirado en aquella hermosa residencia de Saint-Cloud que tanto gustaba á su tío el emperador. Allí meditaba mucho según su costumbre; y sus meditaciones le conducían siempre al arriesgado proyecto que había de coronar su fortuna ó abatirla para siempre. Como hombre deseoso de fundar un edificio duradero, no sólo pensaba en el presente, sino que pensaba también en el porvenir. Dar el golpe de Estado durante la reunión del Parlamento, era obligarse á muchas prisiones preventivas: además, era probable que la Asamblea presentaría resistencia y que habría necesidad de dispersarla por medio de la fuerza armada. ¿No era de temer que aquellos lamentables rigores alejasen del nuevo régimen, no solamente á los diputados de la Montaña, cuya hostilidad estaba

(1) Véase la *Gazette des Tribunaux*, agosto de 1851.

(2) Obras de León Faucher, tomo II, págs. 519, 521 y 531.

prevista, sino que también á una infinidad de hombres probos, inteligentes, jóvenes aún, aptos para servir la causa pública con abnegación y lucimiento? Si, por el contrario, la empresa se realizaba durante el interregno parlamentario, podían evitarse aquellas medidas coercitivas, y no habiendo amores propios comprometidos, la obra de fusión de partidos sería menos difícil. A dar crédito á ciertas revelaciones, estas ideas, inspiradas en un elevado patriotismo, fueron las que impulsaron á Luis Napoleón á apresurar el desenlace, y como, por otra parte, el conjunto de las circunstancias pareciera propicio, el príncipe se preparó, durante algunos días, para una acción inmediata.

El 11 de agosto, en un conciliábulo celebrado en Saint-Cloud, se había hablado ya, si no del *golpe de Estado* (pues casi siempre se evitaba el pronunciar este nombre), al menos de las reformas *extra-legales* que pronto iban á ser urgentes. A dicha reunión asistían los Sres. de Morny y de Persigny, el prefecto de policía Carlier y el Sr. Rouher, que ignoraba el objeto de la convocatoria, pero que era bastante leal para que se le pudiera confiar sin peligro cualquier secreto. Dícese que aquel día se redactaron algunos de los decretos y circulares de que se sirvieron tres meses después (1).

Algo más tarde, en 9 de septiembre, Carlier había propuesto á Luis Napoleón que dirigiera un manifiesto al pueblo, formara un ministerio de acción y adoptase una serie de resoluciones propias para intimidar á la gente revoltosa. Como dichas medidas pareciesen más provocadoras que eficaces, Carlier cambió de idea, y el día siguiente llevó á Saint-Cloud un verdadero programa de golpe de Estado.

Este plan consistía en pronunciar por decreto la disolución de la Asamblea. El decreto se fijaría en los sitios públicos, á la luz del día. Las tropas serían acuarteladas y estarían dispuestas á intervenir en caso de insurrección. No estando abierta la Asamblea, no habría necesidad de obrar contra ningún representante. Se contentarían con proceder, un par de horas antes de dar á conocer el decreto, á la prisión preventiva de los jefes de las sociedades secretas. Para estas prisiones se podía tener confianza en Carlier, pues nadie conocía mejor que él las ramificaciones del partido radical, y, si bien se inclinaba á guardar contemplaciones con los monárquicos, estaba dispuesto á perseguir sin piedad á los agitadores de la demagogia (2).

Las miras de Carlier fueron adoptadas: hasta se fijó el día de la ejecución, es decir, el 17 de septiembre. Pero el general Saint-Arnaud, que era el ministro de la Guerra designado para el momento de la acción, negó su concurso. «Hay que esperar, dijo, que los representantes se hallen reunidos en París: si se da el golpe de Estado durante las vacaciones parlamentarias, los representantes se agruparán en algún punto del territorio, llamarán á los generales y tendremos la guerra civil.» Esta consideración impresionó. Quizá no se fiaban completamente de Carlier, que inspiraba mucha confianza á los realistas. El proyecto fué abandonado, ó aplazado al menos. El conciliábulo no se tuvo tan secreto que no

(1) M. de Cassagnac, *Souvenirs du second Empire*, primera serie, pág. 142. — M. Meruan, *Souvenirs de l'Hôtel de ville*, página 437.

(2) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, págs. 208-215.

se trasluciese. El 18 y 19 de septiembre, circularon rumores de golpe de Estado. Los periódicos oficiosos desmintieron el rumor, y como no ocurrió novedad alguna, el público, un momento alarmado, recobró la calma.

VI

Así las cosas, volvióse á seguir aquel hábil y metódico programa que había de entregar poco á poco la Asamblea al poder ejecutivo. Luis Napoleón tenía ya un Estado mayor militar. Tenía también un Estado mayor civil, poco numeroso, pero dispuesto á todo. Además estaba seguro de que la burguesía, obsesionada por el fantasma de 1852, vería con más satisfacción que disgusto la ejecución de sus proyectos. Faltaba el pueblo. Para comprar su benevolencia ó al menos su inacción, se le deslumbró con la abolición de la ley de 31 de mayo y el restablecimiento del sufragio universal.

Semejante evolución era atrevida y quizá arriesgada. La ley de 31 de mayo la había presentado Luis Napoleón. Los ministros que actuaban aún en su consejo, Baroche y León Faucher, habían sido los defensores y patrocinadores de la misma ley. Hacía poco que, con motivo de la elección de un diputado en el departamento de las Landas, el ministro del Interior no había vacilado en escribir en sus despachos que la ley mencionada «era digna de la adhesión explícita de todos los buenos ciudadanos (3)». No se podía, como para la revisión de la Constitución, invocar la voluntad pública claramente manifiesta, pues sólo ocho consejos generales habían pedido el restablecimiento del sufragio universal. A la verdad, el número de testaduras hechas en virtud de la nueva ley había excedido á todas las previsiones; los electores, de 9.618.057 que eran antes, quedaban reducidos á 6.809.281 (4); en presencia de tal resultado, los hombres más sensatos pensaban que sería conveniente disminuir la duración del domicilio legal y sobre todo facilitar los medios de justificación de este domicilio. Pero de esto á la abrogación total había gran trecho. La revocación pura y simple únicamente era reclamada por los periódicos democráticos, á los cuales había que añadir el *Constitutionnel*, inspirado y redactado por el doctor Verón (5). Nadie quería creer que el doctor Verón fuese órgano del presidente. Y sin embargo era así.

A principios de octubre, Luis Napoleón comunicó al consejo de ministros su proyecto de revocar la ley de 31 de mayo. Los miembros del gabinete combatieron este proyecto, y como el presidente se mostrase inflexible en su voluntad, los consejeros manifestaron su resolución de retirarse. Era la única manera de salvar su dignidad. Ellos habían votado la ley; y no solamente la habían votado, sino que se habían comprometido á su servicio. En cuanto á los dos ministros que no formaban parte de la Asamblea, el Sr. Magne y el general Randón, estaban tan dispuestos como sus colegas á dejar sus carteras. A Magne le repugnaba la política de

(3) Despacho de 21 de abril de 1851 al prefecto de las Landas y sesión parlamentaria del 23 de mayo de 1851. (*Monitor* de 1851, página 1.468.)

(4) Dato proporcionado por el ministro del Interior á la decimasexta comisión de iniciativa parlamentaria.

(5) *Le Constitutionnel*, 10, 16, 21, y 26 de mayo de 1851, y 11 de septiembre de 1851.

violencia; y el general Randón no observaba sin inquietud el movimiento de propaganda que se efectuaba en el ejército. Las más de las veces se callaba; pero su mismo silencio dejaba adivinar la desaprobación. Un incidente acababa de aumentar su disgusto. El 6.º de línea había sido trasladado de Metz á París, y el coronel Garderens de Boisse, que mandaba dicha tropa, acababa de dirigir á sus soldados una orden del día llena de ardiente celo y en la cual se atribuía el llamamiento del regimiento á la capital como una prueba de particular

acontecimientos, y sólo faltaba inscribir el nombre del jefe militar (2). El lenguaje de los periódicos conservadores fué muy acerbo. Decíase que el presidente inauguraba la política de caprichos y aventuras. La prensa extranjera no fué menos severa en sus juicios. «El príncipe, decía el *Diario de Francfort*, se echa en brazos de la democracia, pero no podrá dominarla.» El *Times* revelaba con una precisión sorprendente las perspectivas próximas: «El porvenir para el presidente, á la expiración de sus poderes, es abandonar el palacio del Eliseo



Saint-Arnaud, ministro de la Guerra

confianza. El ministro había reconvenido al coronel, y en seguida el presidente, á su vez, había reconvenido al ministro (1). Mortificado en su acción y comprendiendo que no era ya el verdadero jefe del ejército, el general había de aprovechar todo pretexto para dimitir.

El 12 de octubre, *La Patrie*, periódico oficioso, anunció la crisis. Esta noticia causó viva emoción. Los rumores de golpe de Estado circularon de nuevo. «Hoy se da el golpe, repetía la gente, ó si no, mañana.» Los representantes de los departamentos próximos á París acudieron presurosos. La Comisión permanente se reunió: habiéndose asegurado que la crisis tenía por única causa la revocación de la ley de 31 de mayo, resolvió no convocar á la Asamblea. Sin embargo, no quedó tranquila, pues en 14 de octubre, el general Bedeau, vicepresidente que substituía á Dupin ausente, estableció requisiciones *en blanco* á fin de nombrar un comandante de la fuerza pública encargado de proteger á la representación nacional. De esta manera se prevenían los

como el *lord-maire* de Londres abandona la *Mansion-House* para volver á su domicilio particular de *Clapham* ó de *Stamford-Hill*. Pero esta solución no pueden aceptarla ni el pasado ni el carácter de Napoleón. Este acaba de mostrar su intención de conservar el poder á través de todos los azares... A falta del apoyo de la mayoría de la Asamblea, se echa en brazos de las masas populares (3).» La Montaña fué la única que se alegró de la evolución presidencial. «Entre los montañeses, se decía irónicamente, es donde el príncipe debiera escoger de hoy más sus consejeros.»

En medio de todos aquellos rumores fueron entabladas las negociaciones para formar un gabinete. Billault, ex constituyente, fué llamado varias veces al Eliseo. Los apuros eran grandes, pues el miedo combatía la ambición. «¿Adónde quieren llevarnos?», decían los candidatos para las carteras. Véase claramente como programa el proyecto de revocación de la ley de 31 de mayo; pero ¿qué reservaría luego el porvenir? Aquí em-

(2) Estas requisiciones fueron recogidas más tarde y publicadas por el *Constitutionnel*, número de 16 de diciembre de 1851.

(3) *The Times* de 16 de octubre de 1851.

(1) Randón, *Mémoires*, tomo I, págs. 39 y siguientes.